

El historiador frente a la historia. Historia y literatura¹

Ya no se trata de ajustarse lo más ceñidamente a una "realidad" (una operación técnica, etcétera) y acreditar el texto por lo "real" que exhibe. Al contrario, la historia contada crea un espacio ficticio. Se aleja de lo "real", o más bien hace como si se apartara de la coyuntura: "había una vez..." Por esto precisamente, más que describir una "jugada", la hace.

MICHEL DE CERTEAU

Uno de los grandes temas que se ha distinguido por la polémica desarrollada en torno al mismo es el relacionado con las fronteras planteadas entre la literatura y la historia. La definición de los límites entre ambas disciplinas es una preocupación que sobre todo en los últimos años ha sido motivo de fuertes discusiones entre especialistas, quienes ya sea que tomen en cuenta a favor de la historia las narraciones pertenecientes al mundo de la ficción como testimonio de los acontecimientos del pasado (en los cuales se pueden establecer categorías de poder y formas de actuación social) o partan de la postura que defiende la autonomía literaria (entendiendo desde esta percepción la novela histórica como un ejercicio más de la imaginación de los creadores), constante-

mente se preguntan qué tanto es válido vincular a estas dos formas de escritura que podría pensarse poseen naturalezas distintas.

Y es a tratar de desenredar los puntos medulares de esta discusión que se aboca el libro *El historiador frente a la historia. Historia y literatura*, el cual reúne las conferencias dictadas en este ciclo organizado por el Instituto de Investigaciones Históricas de la Universidad Nacional Autónoma de México, donde se abordan los diferentes problemas que caracterizan el quehacer histórico actual, entre éstos su vínculo con otras disciplinas, cada vez más extenso y más necesario.

En esta publicación participan Fernando Curiel Defossé, Nicole Girón, Álvaro Matute, Federico Navarrete Linares, Vicente Quirate, Eugenia Revueltas, Antonio Rubial García y Jorge Ruedas de la Serna, entre otros autores destacados que otorgan su postura frente a la relación que deben guardar la historia y la literatura.

Así, partiendo de la idea de que la historia siempre ha sido una sola, Federico Navarrete Linares, en "Historia y ficción: Las dos caras de Jano", propone que la historia y la ficción se unen como los dos rostros de Jano: "la primera para proporcionar el rigor y la veracidad que

¹ Virginia Guedea et al., *El historiador frente a la historia. Historia y literatura*, UNAM, México, 2000.

permiten que el salto imaginativo de la segunda no sea un gesto vacío sino que logre crear un 'tiempo ahora', un instante de auténtico peligro que haga tambalearse las historias escritas por el poder y para el poder", de tal manera que sea posible llegar al encuentro de un tiempo peligroso que nos permita despertar de esa pesadilla en la que se ha convertido una existencia en la que la esperanza parece perdida.

Por su parte, Antonio Rubial García, en "¿Historia 'literaria' versus historia 'académica'?", comenta que la narración literaria da la oportunidad de explicar el uso de conceptos, a través de los cuales es posible otorgar una expresión más atractiva a ciertos temas del acontecer histórico —sobre todo aquellos relacionados con la vida cotidiana—, que la que podrían tener desde la sequedad y asepsia del relato histórico tradicional.

No obstante, agrega este investigador, es arriesgado decir que la historia "académica" es un lugar donde no pueden habitar ni la fantasía ni la imaginación, elementos distintivos de la literatura, como absurdo pensar que la historia "literaria" no supone rigor en el manejo de las fuentes, fidelidad al documento y exactitud en la interpretación. Por ello —dice— "mi punto de vista como historiador es que un texto no puede llamarse histórico si no se ciñe a ciertas pautas y a algunos

límites, los que le impone la realidad personal y social que se pretende recrear. De no hacerlo así el epíteto de histórico le saldría sobrando. En este juego entre lo real y lo ficticio, el autor de una novela histórica debe encontrar el punto medio".

Rubial García propone abandonarse al placer de dejar hablar a los textos, de escuchar los pensamientos de quienes los hicieron, porque de este modo se podrá obtener la polifonía de las múltiples voces que se suman al objetivo de la historia: "hacer posible que el ser humano se conozca a sí mismo en su rica diversidad y en su maravillosa complejidad para convivir con sus semejantes y desarrollar todas sus potencialidades. Historia y literatura son así, en palabras de White, 'una iluminación del mundo que habitamos'".

En este sentido, Nicole Girón, tras revisar las relaciones que existieron entre literatura y política en el siglo XIX y la influencia de una sobre la otra, llega a la siguiente conclusión: "literatura e historia constituyen dos ventanas abiertas al mismo mundo, el que el hombre intenta constantemente descifrar y reconstruir, cuyo conocimiento se apropia y transmite a lo largo de la cadena de los siglos en el trabajoso y accidentado proceso de eso que llamamos civilización y que se sobrepone al curso natural y devastador del tiempo".

Paralelamente, en *"In medias res. Haberes literarios de la historia"*, Jorge Ruedas de la Serna analiza cómo la historia no depende de su belleza para serlo, dado que las verdades que en ella se encuentran difícilmente cuentan con armonía, aunque —continúa el investigador— "la historia tiene, ciertamente, su belleza que no le es propia, sin embargo, y sí accesoria, prestada por la literatura, pues si la historia no es bella, no deja de ser historia, pero si la literatura carece de belleza no es literatura, o más precisamente poesía, que es lo que la literatura, ante todo, debe ser".

Asimismo, Eugenia Revueltas en *"Las relaciones entre historia y literatura: una galaxia interminable"*, establece que la historia y la literatura han caminado por vías paralelas integrando a menudo un universo que nos permite tener contacto con un aprendizaje de lo humano concreto.

De tal manera, apunta esta investigadora, la realidad es aprehendida desde polos como la objetividad y la subjetividad, el dato y la imaginación, los cuales, si bien son contrarios, pueden llegarse a unir en el afán de una visión más completa de la realidad.

Así, a la par que en la obra se tienden puentes entre la literatura y la historia, a partir de las distintas miradas de los investigadores se puede apreciar un profundo aprecio

por la actividad a la que han encaminado su ejercicio profesional, el cual se dirige a la necesidad de encontrar una forma de entender al ser humano en toda su complejidad, para de este modo alcanzar la autocomprensión.

Finalmente, hay que señalar que el lector de esta publicación seguramente disfrutará con las interrogantes que los investigadores se plantean respecto a cuál debe ser su postura en relación con el vínculo existente entre literatura e historia, debate que por lo pronto no ha sido solucionado y sobre el cual Fernando Curiel Defossé concluye:

¿Por qué, pese a que siempre han corrido juntas, ola que estalla contra otra, un desconocerse para reconocerse, el espantajo de la ciencia exacta contra el espantajo del arte evasivo, se agudizan, hoy por hoy, las relaciones entre la literatura y la historia? Conjeturo, por lo que hace a nuestro país, un motivo. México muéstrase sin riberas temporales. ¿Acaso el pasado? ¿Vivimos en presente? ¿Empezó el futuro? Pocas mediaciones como la literatura y la historia están en condiciones de lidiar con tamaña realidad. Por sí solas o promiscuas.
Dice:

El historiador frente a la literatura

Debe decir:

El historiador frente al espejo.

Raquel Velasco
Instituto de Investigaciones
Lingüístico-Literarias,
Universidad Veracruzana